



**ECONOMÍA Y EPISTEME**  
**LA EXPERIENCIA ARGENTINA EN UN CAMBIO DE ÉPOCA**

**Juan Quintar\***

Universidad Nacional del Comahue / Programa Erasmus Mundus Artes

✉ [jquintar2004@yahoo.com.ar](mailto:jquintar2004@yahoo.com.ar)

**Resumen**

A partir de la vinculación entre crisis económicas y la idea de episteme, la exploración pretende analizar la experiencia de la economía argentina en el contexto de las profundas transformaciones del sistema mundo. La reflexión que aquí se presenta es el argumento de una serie de inquietudes epistémicas sobre las formas en que se ha pensado la economía, y la nación misma, en el período democrático más largo de la historia argentina. La idea es dejar planteada una serie de interrogantes sobre el proceso argentino actual y sus necesidades en el plano del pensamiento económico. En ese sentido las preocupaciones finales, desde una perspectiva epistemológica y decolonial, giran en torno a los desafíos de la economía argentina ante la crisis capitalista.

**Palabras clave:** políticas económicas, crítica decolonial, pensamiento económico.

**Abstract**

On the basis of the link between economic crisis and the concept of episteme, this research is intended to analyze the case of Argentine economy in the context of radical changes of the world system. The reflections outlined are the key argument for a number of epistemic concerns on the way the economy has been thought of, as well as the country itself, in the course of the longest democratic period in Argentine history. This seeks to raise a few questions about the Argentine economic process and its requirements at that level. In that regard, final considerations are revolve around the challenges facing the Argentine economy in the view of the capitalist crisis, from a decolonial epistemic perspective.

**Keywords:** economic policies, critical-colonial, economic thought.

---

\* Doctor en Conocimiento y Cultura en América Latina por el Instituto "Pensamiento y Cultura en América Latina". Profesor e investigador de la Facultad de Economía y Administración en la Universidad Nacional de Comahue, realiza una estancia de investigación en el Instituto de Iberoamérica. La estancia forma parte del Programa Erasmus Mundus ARTESS, financiado por la Unión Europea.

## Introducción

El presente trabajo constituye el argumento base de una serie de inquietudes epistémicas que se exponen a lo largo del texto, y que son el eje de una investigación en curso. Partiendo de una explicitación teórica de nuestra perspectiva, la mirada está colocada en dos aspectos fundamentales: una caracterización de cada una de las etapas de la democracia argentina, en función del clima de ideas dominante y, en segundo lugar, el impacto epistémico de ese “espíritu de época” en las formas de pensar las políticas económicas. En última instancia, la idea es tratar de revelar la forma en que Argentina procesó las transformaciones del sistema mundo en la transición entre dos siglos, en clave epistémica y decolonial.

## El punto de partida: Calibán y la epistemología moderna

*Tengo compasión de ti. Me tomé la molestia de que supieses hablar. A cada instante te he enseñado una y otra cosa. Cuando tú, hecho un salvaje, ignorando tu significación, balbucias como un bruto, doté a tu pensamiento de palabras que lo dieran a conocer.*

*La Tempestad. Shakespeare.*

Ya en los inicios del siglo XVII el gran dramaturgo inglés, William Shakespeare, en *La tempestad*, dramatizaba lo que autores como Walter Mignolo (2001), Aníbal Quijano (2002), Enrique Dussel (2007), Edgardo Lander (1993) o Dipesh Chakrabarty (2008), entre muchos otros, analizan –desde distintas perspectivas- como el gran drama de la epistemología moderna. Esos maravillosos diálogos del drama shakesperiano en que Próspero, el conquistador, se ufana de haber enseñado a hablar a Calibán, el conquistado, expresan el gran problema epistémico de la modernidad que luego se hiciera evidente con el desarrollo de las ciencias sociales. Tal como lo señala Wallerstein (2001: 97), “la ciencia social surgió en respuesta a problemas europeos, en un momento de la historia en que Europa dominaba todo el sistema mundial. Era prácticamente inevitable que la elección de su tema de estudio, su teorización, su metodología y su epistemología reflejaran las condiciones del crisol en que se fundaba”.

Esta organización epistemológica del mundo es lo que Walter Mignolo (2001: 25) llamó geopolítica del conocimiento, cuya constitución es paralela y simultánea a la expansión del capitalismo. Se trata de una historia que comienza en el siglo XVI como consecuencia de una doble operación epistémica: la colonización del tiempo y del espacio por parte de Europa. Si bien es una temática que tiene su historia, en las últimas décadas –no es casual- se ha vuelto sobre él con un renovado interés. El problema se yuxtapone, además, con otro que Hugo Zemelman en distintos estudios ha caracterizado como uno de los grandes desafíos de las ciencias sociales: el “pensar teórico”. El pensar desde la teoría hacia la realidad, como si ésta fuese una sola, universal, y las teorías no respondieran a un contexto socio histórico determinado. El resultado de ese proceder es normalmente “un discurso predicativo, vale decir, un discurso atributivo de propiedad, que otorga cualidades a la realidad a partir de la teoría” (Zemelman, 2001: 6).

La crítica decolonial adquiere aquí un sentido profundo en la medida que señala una doble desconexión epistémica: el pensar desde la teoría hacia la realidad y “desde afuera hacia adentro” o –dicho en términos “cepalinos”- pensar a la periferia con los ojos del centro. Arturo Jaureche, ensayista argentino de los años ’60 del siglo pasado, supo hacer referencia a estos problemas de la desconexión epistémica con mucho humor. Decía haber conocido a un loro que había tenido distintos dueños: un inglés, un paraguayo, un argentino y un checoslovaco. El loro hablaba en varios idiomas (inglés, guaraní, checo y castellano) el problema era que pocas

veces coincidía con el que lo oída (Jauretche, 1967: 95). Así suele pasar, en la periferia del mundo, en la relación teoría - realidad.

A partir de lo mencionado, una primera pregunta guía nuestra investigación: ¿Pueden historizarse las políticas económicas argentinas en clave de la geopolítica del conocimiento? ¿Cómo se interpretarían – en el caso de Argentina- el modelo agroexportador, la sustitución de importaciones, el modelo rentístico financiero o las políticas actuales?

Volviendo al diálogo entre Próspero y Calibán, como metáfora de la geopolítica del conocimiento, el drama del segundo ha sido siempre la opción entre afirmarse en su identidad y otorgar potencial teórico a su experiencia, o pensarse con los ojos de Próspero. En el pensamiento y las opciones que están por detrás de las políticas económicas, esa disyuntiva adquiere una relevancia fundamental y el tema no pasó por alto entre los economistas más lúcidos de la Argentina. Desde Alejandro Bujé, a principios del siglo XX; los ensayistas de FORJA, en la primera mitad; Marcelo Diamand o Aldo Ferrer, en la segunda, hicieron referencia al tema. Se trata entonces de un cuestionamiento epistémico que viene muy de atrás en la Argentina. El mismo Raúl Prebisch (1970: 7) reflexionó sobre la cuestión en un texto que rápidamente se convirtió en clásico: “Yo creía en todo aquello que los libros clásicos de los grandes centros me habían enseñado [...] era tan grande la contradicción entre la realidad y la interpretación teórica elaborada en los grandes centros, que la interpretación no solo resultaba inoperante cuando se llevaba a la práctica, sino también contraproducente”. A partir de esta cuestión, otra pregunta que forma parte de nuestra exploración teórica es: ¿podría señalarse que, en el caso argentino, los momentos de políticas económicas que han podido combinar democracia con crecimiento económico y distribución de la riqueza son coyunturas de autonomías conceptuales respecto del pensamiento céntrico? O, dicho de otra manera: la visión propia del mundo y una mirada crítica a las teorías “céntricas”, ¿es una condición para el desarrollo?

### **Geopolítica del conocimiento y episteme**

El problema epistemológico estructural entre centro y periferias adquiere diferentes formas según las coyunturas. En las distintas etapas de la historia argentina pueden develarse distintas formas de pensar y hacer la política y la economía que expresan también distintas maneras de ver el mundo, la sociedad y su transformación. En ese sentido, caben pocas dudas que las tensiones políticas que generan esas visiones son también epistémicas. No obstante, en cada momento de la historia, hay expresiones dominantes que son aquellas que “dan color” a la etapa y conforman lo que podríamos llamar un “formato del aire” o, siguiendo una noción más académica, **una episteme**. La categoría remite indefectiblemente a Michel Foucault y su arqueología del saber, desde donde podría ponerse en evidencia “el conjunto de relaciones y prácticas discursivas que pueden unir, en una época dada, las prácticas” (Foucault 2001: 322, 323) y que a partir de ello podemos otorgarle identidad y conocerla. La noción, que el autor de *Las palabras y las cosas* nunca llegó a precisar del todo, permite entonces darle cuerpo a una época, caracterizarla. La episteme, en sus palabras, es “la dimensión discursiva de lo que se entiende como una especie de formación que, en un momento histórico dado, tuvo como función mayor la de responder a una urgencia” (Foucault 1977: 62).

Ese “espíritu del aire” o *episteme*, si bien se trata –en el mismo Foucault- de un concepto lábil, es fundamental en el análisis histórico ya que se trata de lo que está por debajo de la interpretación o adopción de teorías o de las definiciones de la política, en sentido estricto, lo cual es fundamental para las políticas económicas. Como bien lo señala Carlos Vilas (2011: 25), “los objetivos y las estrategias de desarrollo

económico obedecen a una racionalidad compleja que raramente guarda una relación estrecha con la racionalidad microeconómica del costo/beneficio de la teoría neoclásica”. Esa racionalidad compleja, como se indicó, es netamente política y como tal obedece a su tiempo y su episteme, que emerge de las disputas entre distintas formas de ver el mundo -como de las formas que adquiere en esa etapa la geopolítica del conocimiento- y sus resultados se expresan en determinados tipos de políticas que, con sus opciones de mediano y largo plazo, caracterizan la etapa.

No tenemos aquí la ambición de emular a Foucault en su análisis de la episteme occidental. Tampoco se trata de un intento de pensar la historia argentina reciente en clave foucaultiana. De ninguna manera. Justamente, en línea con la perspectiva decolonial consideramos que las estructuras teóricas -sobre todo en las ciencias sociales- tienen una historicidad que acota su validez universal. De lo que se trata aquí es, como lo señalara Hugo Zemelman (2001: 6), de “la utilización de los conceptos y categorías más allá de su función explicativa dentro de una teoría”. Desde otra perspectiva, y sin querer extendernos demasiado en esta cuestión categorial, se trataría de lo que Chakravorty *Spivak* (2010: 294) llama *catacresis*: un mecanismo que nos permite “desamarrar” los dispositivos conceptuales para nominar fenómenos “parecidos” pero no exactamente iguales. La idea entonces es, simplemente, tomar esta noción para **ensayar un análisis de las raíces epistémicas de las políticas económicas argentinas durante los últimos treinta años**. Aquí aparece otra pregunta de nuestra investigación, con enormes dificultades para su abordaje: ¿Hasta que punto las ideas rectoras de una época son sólo eso, y no son las que una clase dirigente impone? Es un tema de larga data en las aproximaciones críticas de los análisis de la cultura que en nuestros días de globalización de la información, adquiere una complejidad enorme. La pregunta hace referencia a la forma en que se socializan, se distribuyen y se hacen predominantes las ideas que van creando una episteme.

### ***La experiencia argentina en tiempos bisagra***

Desde el retorno a la democracia en Argentina, en 1983, hemos vivido en el ámbito político - intelectual sucesivas “ondas” de discusiones que inundaban las librerías y promovían debates en todos los espacios de lectura, escritura y producción de conocimiento. Así, fuimos pasando de los debates sobre la posmodernidad, en los primeros tiempos de la transición democrática, a la *aldea global* o *el fin de la historia* en los años '90 y, a comienzos del siglo XXI, a un “retorno” de las miradas “nacional –populares”. ¿Que forma adoptaba la geopolítica del conocimiento en cada una de estas etapas de la democracia argentina? ¿De que manera se procesaron las ideas de época para tratar de dar respuesta a las urgentes necesidades económicas? ¿De que manera esos climas de ideas impactaron en la forma de pensar y actuar sobre los problemas estructurales de la economía argentina? Sea frente a las necesidades pos dictatoriales, a los procesos hiperinflacionarios o ante la crisis de endeudamiento de fines de siglo, ¿de que manera esas ideas de época fueron procesadas y convertidas en políticas económicas y de que forma se revisaron en la etapa siguiente? Este conjunto de preguntas guía nuestra exploración epistémica sobre las políticas económicas de la democracia argentina.

### ***Los años ochenta y la posmodernidad***

En Argentina -como en toda América Latina- hemos vivido el debate sobre la modernidad y la posmodernidad, que se iniciara con las críticas que la *experiencia moderna* tuvo en los países desarrollados o centrales. Ese fuego cruzado, si bien tenía raíces profundas en la filosofía europea (Wittgenstein, Foucault, por

cierto) en determinado momento tomó cuerpo en distintas expresiones: la crítica neoconservadora (Peter Berger, Daniel Bell, Irving Kristol, etc.), la crítica posmoderna (Jameson, Baudrillard, entre otros) y la crítica interna al modernismo como proyecto inacabado (Habermas y Anderson, como los más destacados). ¿Cuáles eran las experiencias “modernas” de América Latina, propiamente modernas, latinoamericanamente modernas, que entraban en crisis exasperante, como para sumarnos a aquel debate?; ¿cuáles eran “los grandes relatos” latinoamericanos que entraban en crisis? Y, finalmente, ¿de que manera se tradujeron esas ideas, en la transición democrática argentina, y de que forma impactaron en las políticas económicas?

Adentrándonos en esos autores, puede buscarse en cada uno de ellos las referencias experienciales, teóricas, geográficas y las vitalidades que los motivaban y queda claro que aquella polémica no emergía de problematizar la forma en que hombres y mujeres de América Latina experimentaban la vida moderna. Fue, indudablemente una incorporación de la intelectualidad latinoamericana en la línea de la dependencia epistémica y cultural que señalan Wallerstein y tantos otros autores, de manera que la crítica decolonial a aquellos debates sobre la posmodernidad recupera aquí una gran vitalidad.

Si buscásemos una clave latinoamericana de lo “moderno”, bastaría con repasar un poco la historia para caer en la cuenta que la gran experiencia moderna, *latinoamericanamente moderna*, fue la de los llamados populismos o experiencias nacional – populares, como lo calificara Germani. Efectivamente, tal como lo señala Fernando Calderón en un texto de la misma época (1987: 25), lo más genuinamente moderno y latinoamericano “fue la elaboración intelectual del nacionalismo revolucionario o de los movimientos nacionales populares, o populistas si se quiere, particularmente a través de Victor Raúl Haya de la Torre, pero también de Lombardo Toledano y otros,<sup>2</sup> [...] que invocaron conceptos específicamente leninistas como imperialismo, autodeterminación nacional, alianza de clases, etc. Es que sólo bajo el populismo, con la integración de las masas al mercado, la relativa sustitución de importaciones, la urbanización, la expansión ciudadana y otros cambios y reformas socioculturales, con diferentes intensidades y diferentes ritmos, se impuso finalmente la modernidad en América Latina, y lo hizo a la latinoamericana [...] fue nuestro gran espectáculo iluminista, kantiano y foucaultiano si se quiere, pero con ojotas”.

“Hacerlo a la latinoamericana”: La expresión remite a la forma propia en que se fue desplegando “la modernidad” en estas tierras y a la manera en que Calibán procesó en clave propia el pensamiento económico, social, jurídico, político, cultural de la modernidad. E aquí otro interrogante de nuestra exploración, aunque fuera de nuestra ventana temporal: ¿Qué tipo de abordaje epistémico dio como resultado aquellas políticas económicas nacional – populares? ¿Cómo se construyeron aquellas ideas y políticas económicas en el marco de la geopolítica del conocimiento?

Ahora bien, ¿cuándo se produjo la crisis de esa experiencia moderna? ¿Cuál fue el proceso de implosión que permitía hablar de “post”? En Argentina -y nos atrevemos a decir que en todo el Cono Sur- esa crisis de las experiencias nacional – populares no vino como efecto de sus incapacidades, de una *crisis de valores*, por el *estallido de los fragmentos* o por el *final de las totalidades* o de los *relatos totales*, como se decía al calor de esos debates posmodernos. Aquella *modernidad latinoamericana* -como toda su experiencia y producción teórica- fue literalmente arrasada por el terrorismo de Estado. El efecto de las dictaduras en el plano de la acumulación de experiencias, del procesamiento de las mismas en la producción de ideas, en la

---

<sup>2</sup> En el caso de Argentina podríamos incorporar a Arturo Jauretche, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz, Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Aldo Ferrer, etc.

transmisión de la memoria colectiva y en la vida cotidiana, ha sido devastador. En ese sentido, no había nada de posmoderno en nuestra experiencia latinoamericana.

De todas maneras, esas discusiones y debates se instalaban y eran articuladas -al menos en Argentina- con la expansiva necesidad pos dictatorial de vivir en democracia y se traducían entonces en esa clave. En ese sentido, la tolerancia y el respeto por las diferencias –sustancial en una sociedad que salía de la dictadura militar- se confundían con la posmoderna *primacía de los fragmentos* y el *fin de las totalidades*. Pensar en un destino para esa democracia -por ejemplo: la ruptura de los lazos de dependencia o la justicia social- implicaba la subordinación de los fragmentos a *un sentido*, a *un proyecto*, privilegiar una parte frente al conjunto de parcialidades, lo que implicaba poner en juego cierta noción de *totalidad*. Pero eso, con extrema facilidad, desde esas perspectivas posmodernas era interpretado como autoritarismo. Mirado a la distancia, dicho debate condujo a una particular visión sobre el pasado, el presente y el futuro de la experiencia argentina.

Respecto al pasado, desacreditando como autoritarias todas las teorizaciones y experiencias en torno a lo “nacional – popular”. Todos aquellos conceptos movilizadores de la modernidad latinoamericana, y particularmente argentina, eran cuestionados: nación, imperialismo, pueblo, dependencia, etc. Desacreditación que era paradójica porque simultáneamente se consolidaban los procesos de dependencia a través del endeudamiento externo y EEUU, en su estrategia imperial, se había convertido ya en un delivery de guerras. En cuanto al presente, inmovilizando ante la vertiginosidad de los fragmentos, en la medida que la realidad se presentaba como un desbordante caleidoscopio de diversidades y operar sobre la realidad implicaba privilegiar algunas parcialidades sobre las demás, instaurar una significación de conjunto para las significaciones plurales. En términos de la época, ceder a la tentación autoritaria. Frente a ello ganó el inmovilismo, el vértigo ante las múltiples posibilidades y la indefinición de proyecto<sup>3</sup>.

Y, finalmente, una mirada hacia el futuro: la república y la democracia, como principio y fin. La democracia como final de la historia. La contradicción democracia - autoritarismo subsumía todos los problemas y organizaba la política en torno a ese eje, pero con la cándida y pueril creencia de que el primero de esos términos lo resolvía todo. Como lo reiteraba en sus discursos quien lideraba esa primera transición democrática, Raúl Ricardo Alfonsín: “con la democracia se cura, se come y se educa”. Lo cual, ciertamente, puede ser efectivamente así en la medida que se asuman los conflictos que implica desplegar una política en ese sentido.

### ***Episteme y políticas económicas I***

¿Que implicancia tuvo esta episteme dominante sobre las políticas económicas que debía impulsar el Estado? Lo que sigue es una primera e hipotética aproximación y, con esa prevención, podemos destacar dos cuestiones: en primer lugar, predominó una mirada retrospectiva en donde las experiencias nacional populares -y sus políticas económicas- eran consideradas como una especie de *historia negra* y, por otro lado, ese “emparejamiento” de los fragmentos dificultaban actuar sobre las correlaciones de fuerza -ganar amigos, neutralizar enemigos, etc.- y constituir un marco de alianzas que den sustento político y horizonte a las políticas económicas o estrategia de desarrollo.

---

<sup>3</sup> Un ejemplo bien claro de ello fue el intento de reformular el sistema educativo a través de un Congreso Pedagógico Nacional. Durante casi dos años la sociedad y las comunidades educativas discutieron el problema en un contexto de exaltación de la participación y de las diferencias de opinión. Pero no se llegó siquiera a un documento final.

Los primeros pasos de la democracia argentina fueron dados por un gobierno que, junto con las dificultades políticas de la transición –el problema de los Derechos Humanos, la desarticulación institucional y las demandas sociales acumuladas- se encontró con una herencia económica<sup>4</sup> que en pocos años derivó – al calor de la caída de los términos de intercambio, subidas en las tasas de interés y tensiones inflacionarias inmanejables- en turbulencias importantes y resistencias, no sólo de los trabajadores sino también de quienes se habían fortalecido durante la dictadura. La realidad se acercaba a lo que Juan Alemann, un economista de la dictadura militar, había vaticinado maliciosamente poco antes de que finalizara esa “edad oscura”: “El próximo gobierno estará tan inhibido para actuar que, virtualmente, estará condenado al fracaso” (Muchnik , 2010: 194).

El punto de partida era entonces complejo, el poder de aquel primer gobierno era inmenso y a la vez escaso, en el sentido que contaba con un amplio, enorme, apoyo de “la civilidad” pero inorgánico. Carecía de un respaldo que expusiera organización operativa para las acciones, las tácticas y estrategias que el Estado requería desplegar. En ese contexto, esa episteme de “emparejamiento de lo diverso” tradujo esa delicada situación en debilidad política al potenciar las dificultades para articular intereses en un proyecto y, de esa forma, definir un horizonte para las políticas económicas. Ello habría significado establecer prioridades y aliados en función de un programa en el que necesariamente no todos serían retribuidos, en el corto plazo. La política económica estaba entonces destinada a oscilar al ritmo de los grupos de presión – locales y asociados al endeudamiento externo- que sí estaban dispuestos a privilegiar fragmentos de la realidad postergando otros.

Remitiéndonos a las políticas económicas de la época, apenas recuperada la democracia, luego de algunos ensayos heterodoxos dificultosos y de los esfuerzos por conformar una especie de “club latinoamericano de la deuda” -que ya ponían de manifiesto la insuficiencia de los respaldos políticos o de las tácticas para consolidarlos- el gobierno puso en marcha la mayor elaboración de aquella primera transición democrática, en materia de política económica: el Plan Austral.

Se trataba de un plan elaborado por un grupo de economistas aglutinados en torno al Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), que tenía como objetivo detener el proceso inflacionario con una política de ingresos, lo que por entonces se llamó un “ajuste heterodoxo” de shock. El plan, que se aplicaría hacia junio de 1985, se basaba en estudios de experiencias de estabilización consideradas “exitosas”: la de los ministros argentinos Gómez Morales (1952-1953); Krieger Vasena (1969) y José Bel Gelbard (1973/1974). Pero también se basaba en las experiencias antinflacionarias de Alemania en 1923, China en 1949 y las reformas de Austria y Hungría (Abeledo y Ambrosini, 1985: 34). Técnicamente se traducían en un convencimiento de que el problema de la inflación se resolvía con el movimiento pautado de los precios relativos y los ingresos. Se preveía un congelamiento de las variables económicas, un cambio de moneda, un crecimiento anual del 4% y el cumplimiento riguroso de los compromisos externos.

A pesar de la debilidad política congénita desde la que surgía el plan, inicialmente tuvo cierto éxito. El congelamiento de variables y el cambio de moneda en forma de shock tuvieron el efecto inmediato de detener la inflación casi en forma abrupta. El paquete de medidas y ese breve éxito fue acompañado con todas las expresiones propias de aquel “formato del aire” posmoderno que el presidente de entonces explicitó en su célebre discurso de Parque Norte, el 1ro de diciembre de 1985, donde los ejes eran la democracia participativa,

---

<sup>4</sup> Hacia 1983 el valor de la producción industrial se había contraído un 12% respecto de 1976 y el salario real percibido por los obreros industriales jamás logró recuperar los niveles de 1974. (Rapoport, 2000: 714).

la ética de la solidaridad y la modernización. Pero el Plan, diseñado por especialistas reconocidos en el ámbito profesional, no tenía un respaldo político específico, sólido y articulado, y no pudo avanzar hacia una segunda fase de flexibilización de las variables para re impulsar el crecimiento. Cuando se emprendió ese camino las debilidades en las articulaciones políticas que debían sostener el Plan se hicieron evidentes. Esas debilidades eran las mismas que en los comienzos de la gestión. Aldo Ferrer (2010: 75), al referirse a la época, señala: “Alfonsín concluyó en una parálisis por la imposibilidad de arbitrar entre los intereses sectoriales y políticos enfrentados, y, por lo tanto, por la incapacidad de poner orden en la coyuntura económica y responder, en algún sentido, a los desafíos planteados por el sistema internacional”. Esa imposibilidad de arbitrar entre los intereses encontrados se expresó también en otros temas sensibles de la época como las políticas de memoria y de Derechos Humanos.

A esta interpretación primaria que acabamos de esbozar debe incorporarse la forma en que se estaba procesando el conocimiento económico, es decir la formulación y la difusión de las ideas en el inmediato clima posterior al oscurantismo dictatorial. En ese sentido, cabe preguntarse: ¿Cómo impactó esa episteme en el procesamiento mismo de las ideas económicas? ¿De que manera los núcleos de pensamiento económico en la Argentina – el mencionado CEDES, por caso- estaban procesando esas transformaciones? ¿Qué lugar ocuparon los organismos que podían funcionar como usinas de ideas heterodoxas como la CEPAL? ¿Hasta que punto esos espacios no estaban ya “colonizados” por el pensamiento neoliberal?

El fracaso del Plan Austral –como el de otros similares en América Latina- dejó lugar al cortoplacismo para tratar de evitar el colapso y abrió el camino, tibio todavía, a los procesos de reforma estructural mas radicales. La frustración de aquella candidez democrática, frente a la voracidad de los actores reales de la economía se expresó en las declaraciones del ministro de finanzas, Juan Carlos Pugliese, luego de reunirse con empresarios, en 1988, a pocos meses del final de aquella primera experiencia democrática y a las puertas de la hiperinflación: *Les hablé con el corazón y me respondieron con el bolsillo*, dijo el ministro. Como lo señalara Guillermo O’Donnell (1994: 65) al caracterizar las democracias delegativas: se había pasado de la omnipotencia a la impotencia. No es casual que, con el pasar de los años, se hable de aquel período como el de una “democracia boba” (Romero, 1999: 209) o “democracia de la derrota” (Horowicz, 2012: 135).

En 1989 el índice del costo de vida aumentó el 3.000% y el PBI per cápita era un 13% inferior al de 1983, comparable al de veinte años atrás. La situación convertía a aquellos debates sobre la posmodernidad, que todavía estaban en las librerías, en textos para extraterrestres. La televisión mostraba a los nuevos excluidos de la sociedad argentina asaltando los hipermercados, saqueando comercios de todo tipo, peleándose en medio de la calle por pedazos de carne, los periódicos relataban episodios en que gatos y perros eran cocinados como alimento, etc. En síntesis, la premodernidad estallaba en vivo y en directo en nuestras narices y, frente a ello, se hacía muy difícil, cuando no absurdo, hablar de posmodernidad. De hecho, desde entonces no se reeditó ese debate, o muy poco se ha discutido sobre el tema, pero tampoco se ha reflexionado acerca del agotamiento del mismo en nuestra región.

Volviendo a la relación episteme – economía, el interrogante central está en torno a la manera en que fueron procesadas las ideas económicas, y formuladas las políticas económicas en el marco de la geopolítica del conocimiento en los primeros tiempos de la democracia argentina. Si bien aquí se anticipan algunas líneas de trabajo sobre esta cuestión, como se anticipó, las mismas se expresan solo en forma de hipótesis.



### **Los años noventa y la globalización**

Al calor de la revolución informática, de la caída de los socialismos reales y de la idea de la democracia liberal como el punto de llegada del devenir humano -en política como en economía- se fue abriendo camino la idea del *fin de la historia*, de *las ideologías* y del poder irrefrenable de la *globalización*. La implosión socialista venía a señalar el final de las disputas ideológicas y la idea de que sólo quedaba la economía global en la medida que, ante la planificación económica, había triunfado definitivamente el libre mercado. Así, las librerías dejaron paso a una discusión distinta a la de la posmodernidad: *la globalización*. Todas las ciencias sociales se vieron sumergidas en esta temática.

Ciertamente no era algo nuevo, desde la revolución industrial inglesa en adelante y, más aún, desde la conquista de América a fines del siglo XV, la globalización es un proceso continuo y expansivo que a fines del siglo XX se presentaba como un proceso arrollador y con un fuerte sesgo ideológico. Así, la cuestión llegó al plano de la cultura provocando importantes transformaciones y fenómenos de “desterritorialización”, como se decía por entonces. Aunque no necesariamente se trataba de una “cultura global” -sin espacios ni pertenencias definidas- sino más bien de la universalización de *un tipo de cultura* que se volvía hegemónica a nivel planetario. Con lo cual queremos decir que se trataba de una cultura subordinante de otras, en las que predominaban las pertenencias colectivas, el lenguaje, la historia y su traducción en identidades nacionales.

Un ejemplo, tan solo uno, de cómo impactó esta noción de globalidad configurando la episteme de los '90 es la filosofía latinoamericana y particularmente los debates sobre lo que se llamó la “poscolonialidad”. Desde esas posturas la globalización vendría a *reformular* las críticas al colonialismo recharacterizándolo como posoccidental o poscolonial. La globalización provocaría, desde esta perspectiva, un *fuerte debate en torno a las categorías histórico culturales con que habíamos venido pensando (e inventando) a Latinoamérica desde el siglo XIX* (Castro Gómez y Mendieta 1998: 8) Este proceso, según estas lecturas, tendría profundas consecuencias en el ámbito de la cultura y, por lo tanto, en las acciones de los sujetos. Reiteramos, traemos el tema de la poscolonialidad sólo a modo de ejemplo de cómo esa “inflación” de lo global llegaba a todos los rincones del pensamiento. En este caso, como en tantos otros, se pasaba por alto o no se registraba –como consecuencia de esa “sobreevaluación” de lo global- la profundidad de las tradiciones de lectura y las memorias históricas articuladas en América Latina, entre otras cuestiones.

### **Episteme y políticas económicas II**

Como se ha dicho, los años '90 implicaron una “inflación” de un fenómeno que no era nuevo, pero cuya exaltación era funcional a las recetas anti inflacionarias ortodoxas y las políticas del Consenso de Washington.

Esa “inflación” de lo global, en sus formas extremas, explícitamente tendía a inhabilitar todo tipo de alternativas a las políticas neoliberales y a desacreditar políticas nacionales de los estados. Aquí nos encontramos con el mismo problema que señaláramos más arriba: ¿son las clases dirigentes las que determinan las ideas rectoras de una época o éstas *bailan* la música de su tiempo? La cuestión tiene su importancia histórica porque las políticas económicas de la época y sus “tips” discursivos más destacados no eran nuevos para la sociedad argentina. Ese discurso era parte del que sostuvieron las clases dominantes en el país desde mediados del siglo XX. La idea de “retirar” al estado de sus “intrusiones” en la economía implicaba dismantelar los instrumentos públicos de regulación y control que, en definitiva, con todas sus dificultades, habían posibilitado un amplio desarrollo industrial con distribución e integración, la modernidad latinoamericana, como se ha dicho más arriba. Esa propuesta de los sectores dominantes de la argentina, que

venía de mediados de los años cincuenta, en los '90 acopló muy bien con las propuestas neoclásicas y la "inflación" de lo global, más aún, le dieron un toque "moderno" y cosmopolita. Pero ya ni siquiera con el fin de volver a la Argentina agroexportadora ante la propuesta industrializadora del peronismo, sino hacia la profundización de lo que luego se denominó Modelo Rentístico Financiero.

Por otro lado, históricamente y para el caso argentino, no puede comprenderse del todo la transformación de este "pensamiento único" (como se decía por entonces) en efectivas políticas económicas sin el proceso hiperinflacionario en que terminó la primera transición democrática, en 1989. Ese final tormentoso, parafraseando a Halperín Donghi, fue también un comienzo: La memoria de esa experiencia – la hiperinflación, los saqueos y el desgobierno- dio a las mayorías la fortaleza necesaria para soportar la ostentosa indiferencia de los sectores privilegiados por las penurias que seguían sufriendo los que no lo son, y ofrecer su resignada aquiescencia a la progresiva degradación de la economía, la sociedad y las instituciones argentinas. El país parecía haber salido de su callejón pero se resignaba a entrar a esa "globalidad" como a la más dura intemperie (Halperín Donghi 1994: 141). Inclusive, como para fortalecer el efecto disciplinador de la inflación, durante el primer año de la presidencia peronista de Carlos Menem el costo de vida aumentó el 2.300%.

La política económica de esos años vino a profundizar lo pautado por la economía de la última dictadura militar. Pasó el tiempo y muy pocos advirtieron que, a pesar de su catastrófica derrota política, aquellos generales se habían anotado una estratégica victoria económica. La profundización de esa senda convirtió a Argentina en la expresión neoliberal más desmesurada de América Latina, al extremo de privatizar sus fuentes de energía.

Los resultados son conocidos: "El PBI por habitante (a precios constantes) era en 2002 inferior en 12% al existente en 1975; la desocupación abierta, que en 1976 era del 4,5% de la población económicamente activa, en 2003 llegó al 23%; el sector industrial en 1976 generaba el 31,7 % del PBI y en 2000 el 16,1%; según el Instituto Nacional de Estadística y Censos, en octubre de 2002 había 19,7 millones de pobres (el 57,5% de la población total), de los cuales 9,4 millones eran indigentes" (Calcagno, 2003: 25). Mas allá de estos números debemos tener presente que la miseria e indigencia abrazaban también a los asalariados, que tenían los más bajos salarios de los últimos 50 años en un contexto en que –como en 2002- el reajuste de los mismos fue inexistente y los precios al consumidor aumentaron el 41%. La indigencia en la Argentina rondaba, a comienzos de la centuria, los 3,3 millones de personas. Esta es la Argentina que dejó el modelo de renta financiera, una catástrofe que sería la base del estallido social con que el país entró en el siglo XXI.

En los términos de nuestra exploración, las políticas económicas de la época responden epistemológicamente a una entera sumisión ante el pensamiento céntrico. Ya no hay en esta etapa intentos heterodoxos como en los primeros tiempos de la transición, y fue escasa la producción intelectual -en el ámbito del pensamiento económico de aquellos años- que señaló esta "rendición" epistémica. En esa línea, ya en la crisis del modelo rentístico financiero, Paul Krugman, economista de la Universidad de Princeton, hacía referencia al tema: "sospecho que el nudo del problema es que los países pequeños, e incluso los países grandes como Japón, que perdieron la confianza en sí mismos, son intimidados con demasiada facilidad por hombres de traje que les dan consejos dictados por una ideología de línea dura que nunca se atreverían a imponer en su país. Mi consejo sería dejar de escuchar a estos hombres de traje y hacer lo que hacemos nosotros, no lo que decimos" (Krugman, 2001). No obstante, las preguntas de nuestra investigación se renuevan: ¿por qué esa rendición epistémica tomó la forma que tomó en el plano de las políticas económicas? La respuesta de Aldo Ferrer a esta cuestión que hace referencia a la desmesura propia del peronismo en cada

una de sus etapas (Ferrer, 1997: 35), de ser considerada es sólo un punto de partida; y en el tránsito de buscar respuestas se multiplican los interrogantes: ¿Hubo en Argentina una lectura propia de las ideas neoliberales, como lo podemos ver en Perú con Hernando de Soto y el Instituto Libertad y Democracia? Es decir, ¿de que manera en Argentina aquella episteme fue traducida a políticas económicas? Para decirlo con los nombres de los protagonistas ¿fueron la Fundación Mediterránea o el Centro de Estudios Macroeconómicos simples reproductoras de ideas o desplegaron cierta capacidad de adecuación de las mismas a la realidad argentina? Y, por supuesto, ¿Cuáles fueron las dificultades epistémicas, ya no políticas o de financiamiento, que enfrentó el pensamiento económico alternativo en la formulación de políticas de corto y largo plazo?

### **Una bisagra de dos días**

El estallido de 2001 rompió con todas las modalidades de lectura política habituales hasta entonces. La posmodernidad, la globalización y todas las teorías asociadas a esas perspectivas no podían explicar y menos aún habían podido anticipar algo de lo que sucedió en esos días. Salvo el arte, nadie vio venir lo que se vino<sup>5</sup>. La consigna de aquellos días, “*piquete y cacerola, la lucha es una sola*”, aludía a la unidad de métodos de lucha (de excluidos y sectores medios) pero también a la imposibilidad de remitir a formas de interpretación usadas hasta entonces. La sociedad, llevada más allá de los bordes de la capacidad regulatoria del Estado –por segunda vez en casi diez años- se convirtió en multitud sin representación alguna y colocó a la política, y a las ideas que la habían sustentado, en los límites de lo conocido. De repente todas las perspectivas, las claves de interpretación, los enclaves discursivos que habían dominado la historia argentina en los últimos 25 años, quedaron en desuso. Una crisis brutal, en términos epistémicos, que solo sería interpretada desde los márgenes de la clase política.

Fue un paréntesis en la historia, una rebelión en el sentido de Camus, con un tema único, concentrado, y a la vez de muy amplio espectro: el rechazo al Estado y las representaciones. Ese es el sentido de la consigna “*que se vayan todos*”. Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 expresaron ese hastío y re instaló la discusión sobre los momentos bisagra en los que la corriente se lleva todo aquello que provoca fastidio y deja el limo fértil para que crezca algo nuevo.

Parfraseando a un agudo observador de entonces, la crisis económica, aceleradamente, se duplicaba en crisis política, se triplicaba en crisis social y se cuadruplicaba en institucional (Gabetta, 2001: 2). Y así fue, la realidad daba razón a los corresponsales extranjeros que solían afirmar que en Argentina ocurren mas cosas en una semana que en los países desarrollados en una década: cinco presidentes pasaron en menos de quince días. Todas las formas de representación estaban cuestionadas y desbordadas, al igual que los poderes del estado, desde el ejecutivo hasta la Corte Suprema de Justicia. En términos políticos puede ser leída como una crisis de incapacidad de regulación por parte del estado, desde la moneda a la vida cotidiana, lo que se tradujo

---

<sup>5</sup> Dos años antes de la crisis de 2001 un grupo de rock argentino, Bersuit Vergarabat, popularizó en sus recitales multitudinarios, un tema que llevaba por título: “Se viene el estallido”. La letra era explícita en su convocatoria y tenía el ritmo festivo del carnaval: *se viene el estallido, se viene el estallido, de mi guitarra, de tu gobierno, tambien... Y si te viene alguna duda, veni agarrala que esta dura, si esto no es una dictadura, ¿qué es, qué es...?* Esa anticipación estuvo presente también en artistas plásticos como Ricardo Longhini o Diana Dowek.

en muertes<sup>6</sup>. Las políticas de salida de la crisis, en lo económico, fueron un diálogo constante con esas jornadas en la medida que se trató de una rápida recuperación de esas capacidades estatales de regulación.

### ***Aún quiere llover sobre mojado: claves de una episteme***

La crisis de 2001, como lo había sido la de 1989, fue como un terremoto que hizo temblar al sistema. Pero la primera dejó en claro algo sustancialmente distinto: ya no se podía caminar en el mismo sentido, no era posible escapar hacia adelante. Nadie en la dirigencia argentina, a comienzos de 2002, se habría atrevido a hablar de la necesidad de “achicar el estado”, de dar más espacio a la economía de mercado, de profundizar la desregulación, dolarizar o seguir las propuestas del FMI y el Banco Mundial, etc. Ni siquiera la vieja teoría de los “dos demonios”, respecto al problema de los Derechos Humanos, tenía cabida. Todos los lineamientos políticos y perspectivas epistémicas que habían moldeado a la democracia se habían caído y, con ellas, también las ideas que la sostuvieron.

Los gobiernos post crisis se estructuraron estableciendo una serie de criterios que, en general, eran fruto de una nueva episteme que se construía en diálogo con las jornadas de diciembre de 2001, y que significó una particular renovación de lo que mas arriba mencionamos como *modernidad latinoamericana*. Parafraseando al editorialista ya citado, la sociedad argentina tenía un solo camino: recuperar todo lo útil y motivo de orgullo de la historia nacional y echar por la borda todo lo inservible (Gabetta, 2002: 2). Pues bien, el cuerpo de la nueva episteme sobre la que se estructuran las políticas económicas actuales tiene que ver con ese proceso de pararse en lo que se consideró “orgullo de la historia nacional”. De allí cierto aire de familia con lo nacional – popular, al punto de re editarse la vieja discusión, en las ciencias sociales, sobre el populismo latinoamericano. El parentesco lo exhibe el Estado cuando se hace cargo de los dramas y las privaciones colectivas que dejaron las últimas décadas, con un discurso que tiene sus claves en el “peronismo clásico”. Esa actualización de los “lazos familiares” se puede sintetizar en muchas de las expresiones del presidente Kirchner, por ejemplo, entre muchas otras: “somos hijos de las Madres de Plaza de Mayo”. Esa retórica conectó al Estado con corrientes subterráneas de la memoria y el sentir colectivo, sistemáticamente negadas por la dictadura y la democracia argentinas.

Ciertamente hay muchos aspectos discursivos –y de las políticas efectivas- que permiten percibir ese aire de familia con las experiencias de la modernidad latinoamericana: la idea de tratar de compatibilizar crecimiento con distribución; la necesidad de articular decisiones nacionales autónomas con países vecinos en función de una también autónoma inserción internacional; la explicitación de ciertos conflictos de intereses clásicos (con los terratenientes, por ejemplo); la permanente afirmación de aspiraciones emancipatorias o el personalismo. Son todos aspectos que indudablemente remiten a la experiencia del peronismo clásico.

En términos simbólicos hay una recuperación, especialmente de la imagen de Evita, no necesariamente partidaria sino en una combinación de aspectos históricos y demandas de nuestro tiempo. Puntualmente se funden allí las demandas de género y el reconocimiento a los líderes latinoamericanos<sup>7</sup>. Este aspecto, el simbólico, no es menor. Es una recuperación histórica del orgullo nacional, desde el Estado, que se expresó

---

<sup>6</sup> Efectivamente, el gobierno de la Alianza, a partir de 1999, comenzó con dos asesinatos en protestas sociales –en la provincia de Corrientes-; siguieron 39 en el estallido de diciembre de 2001 y, finalmente, cuando la crisis estaba encontrando su cause de salida, dos asesinatos mas en Puente Avellaneda, durante el 2002.

<sup>7</sup> En la Casa Rosada se inauguraron dos salones: el Salón de las Mujeres Argentinas y la galería de los Patriotas Latinoamericanos donde cada país del continente aportó lo suyo. Evita esta en ambos salones.

popularmente en las jornadas del bicentenario y que se instala como el lugar desde donde pensar. Todo lo mencionado revela cierta continuidad sustantiva entre la experiencia argentina actual con la historia de la modernidad latinoamericana al punto tal que la pregunta central respecto a esta cuestión es la siguiente: “¿Es el kirchnerismo un capítulo nuevo del clásico peronismo o su novedad entraña potencias rupturistas que sobrevuelan sin vocación concluyente?” (González, 2011: 12). La respuesta está en el futuro, pero lo cierto es que –mirado históricamente- el peronismo ha demostrado ser un movimiento que “sirve para un barrido como para un fregado”, para recuperar la vitalidad nacional como para aplicar las políticas neoliberales más radicales, y cada liderazgo peronista (pos Perón) provocó tensiones bien marcadas con la supuesta identidad del movimiento, pero ello forma parte de otro tipo de reflexiones.

El tiempo que nos cruza parecería reconstruir una episteme, cuyos anclajes conceptuales derivan de aquella modernidad latinoamericana, combinados con un sin número de demandas que la sociedad venía acumulando por décadas, dando como resultado una especie de “actualización” de aquel “gran relato”. Quienes presagiaron durante décadas el imposible retorno del mismo y, por tanto, de una presencia estatal acorde con ello, podrían decir en estos días que *aún quiere llover sobre mojado*.

El humor de Daniel Paz, del diario *Página 12*, en el 2003, explicitó el impacto epistémico de la crisis y da una idea de la nueva colocación en el plano de la geopolítica del conocimiento: el pensamiento céntrico comenzaba a estar en tela de juicio. Cambio de ángulo que, por otro lado, se produce en un contexto de profunda transformación del sistema mundo. En efecto, esta episteme nacional – popular y latinoamericanista, coincide además con una particular situación del capitalismo en la cual se destaca, juntamente con una crisis muy profunda de los centros económicos tradicionales, la emergencia de un nuevo centro dinámico en la cuenca Asia Pacífico que algunos observadores llegan a ampliar a otros países. Mirado históricamente se trata de una situación inédita, como lo señala Aldo Ferrer, “por primera vez en cinco siglos, es decir, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo y la llegada a Oriente de los navegantes portugueses hasta hace pocos años, las naciones industriales de Occidente pierden el monopolio ejercido sobre la gestión de la ciencia y la tecnología, la transformación productiva y la organización de la economía mundial” (Ferrer: 2010, 7). Dicho de otra manera, en las actuales circunstancias el tradicional centro económico del mundo parece no estar en condiciones de proponer una cosmovisión del mismo y, como consecuencia, se ha producido una descentración epistémica que deja más espacio a las expresiones de la periferia. Próspero tiene dificultades para enseñar a hablar y, simultáneamente, Calibán parece estar en condiciones de sostener su propia imagen del mundo. Si así fuera, el futuro podría ser promisorio para estas regiones en la medida que, como señalara Boaventura de Sousa (2009: 205), “una justicia social global no es posible sin una justicia cognitiva global”. Es la potencialidad de un escenario inédito, descentralizado y multipolar. En ese sentido cabe el interrogante: ¿Cuál es la relación de este retorno de la epistemología nacional - popular con la “dispersión” de los centros de poder o corrimiento de los centros económicos?



### ***Episteme y políticas económicas III***

Como parte de la episteme que se instala a partir de la crisis de 2001, el Estado retorna a un tipo de intervención económica que guarda algunos parecidos de familia con la experiencia de la modernidad en América Latina. No podía ser de otra manera, ya que el desarrollo industrial, la ciudadanía social, el fortalecimiento de la democracia y de los procesos de emancipación nacional están ligados a una particular forma de intervención estatal que en Argentina tiene como referencia al peronismo clásico.

En la tierra del tango y la chacarera, el Estado salió de su modalidad neoliberal estructurando una nueva alianza con los sectores del empresariado que ya habían dejado de hacer sus negocios dentro de la convertibilidad y que no habían podido rescatar sus dólares del “corralito” (Cobe, 2009: 19). La megadevaluación y pesificación asimétrica salvó esos “platos rotos” y dio forma a una nueva correlación de fuerzas, distinta a la que existía antes de la crisis, y con objetivos diferentes. A partir de allí, el estado recuperó la capacidad regulatoria en temas sensibles de la sociedad restituyendo el predominio de la política sobre la economía, lo que se expresó en la recuperación y restauración del poder presidencial ante el ministerio de economía y el Banco Central. Desde este punto de partida, se desplegó una política económica cuyos ejes sobresalientes han sido:

- El default (2002) y luego el proceso de desendeudamiento en los gobiernos kirchneristas. Ambas medidas supusieron el cierre del ciclo de la economía de endeudamiento iniciada en 1975.
- La megadevaluación y el establecimiento de un tipo de cambio que recupere competitividad externa y proteja la industria nacional, asociado a un sistema de retenciones a las exportaciones tradicionales.
- La nacionalización de los fondos privados de pensión.
- La reforma del Banco Central, terminando con la independencia exigida por las propuestas ortodoxas.
- Mecanismos de protección y de sostenimiento de la demanda impulsando al mercado interno y la sustitución de importaciones, lo que se tradujo en aumentos de salarios y disminución sustancial de las tasas de desocupación.
- Una profundización de las vinculaciones económicas latinoamericanas, en el marco del Mercosur, pero también hacia mercados no tradicionales, disminuyendo la dependencia de los productos argentinos respecto a determinados mercados. Se destacan en este sentido las vinculaciones con China, India y algunos países de África.
- La Asignación Universal por Hijo y toda una batería de políticas de fuerte impacto socio económico tendiente al sostenimiento de la demanda efectiva, como por ejemplo el aumento de las jubilaciones, dos veces por año, con fuerza de ley.

Estas políticas tendieron a crear y sostener un superávit fiscal y comercial que serían la base del crecimiento a tasas asiáticas en los años pos crisis. No obstante, ello habría resultado imposible sin el “viento de cola” que supone el aumento de la demanda y de los precios de las commodities y la disponibilidad tecnológica del sector agropecuario argentino que puede hacer frente a ese escenario y aportar divisas.

Obviamente que no se trata de una ruptura profunda con las políticas desplegadas en los años del populismo neoliberal. La lógica de las políticas económicas pos crisis parece partir de un principio bastante común en la política: no curarse en salud. Vale decir, no tocar aquello que funciona, por más que signifique más negocio para privados extranacionales que para el país. Ese punto de partida condujo a estos gobiernos a

recuperar lo que funciona mal, por ejemplo la empresa nacional de aerolíneas, la principal compañía de aguas, los fondos de pensiones, el correo nacional o la empresa petrolera. Pero quedan amplios sectores de la economía nacional cuyo funcionamiento no se ha revisado, como es el caso de la minería, la política medio ambiental, el régimen financiero, el tributario, por no mencionar otras situaciones gravísimas heredadas de la desregulación y desmantelamiento del Estado en décadas anteriores.

Está claro que el retorno de esa episteme nacional – popular y latinoamericanista es reelaborada por una sociedad que ha sufrido enormes transformaciones. En los sectores que acumularon poder, y que resisten las transformaciones, como en el conjunto de la sociedad que se presenta, con la experiencia de sus resistencias al neoliberalismo, como mas exigente, mas politizada y a la vez mas autónoma, con una fuerte desconfianza hacia políticos y medios de comunicación.

De todas maneras, ante cada discurso presidencial o reunión de la UNASUR o del Mercosur, los parecidos de familia con la modernidad latinoamericana emergen y las preguntas que guían este trabajo se renuevan: ¿cuánto de “retorno” de la experiencia “nacional–popular” hay en estos días? ¿Cuánto de las políticas económicas obedece hoy a lineamientos que derivan de la recuperación y redefinición de la experiencia peronista de mediados del siglo XX? ¿Qué es lo nuevo y qué lo viejo en este retorno del “populismo” progresista? ¿Que implicancias tiene, en las políticas económicas, este nuevo posicionamiento respecto a la geopolítica del conocimiento? ¿Ha generado este nuevo escenario un renovado impulso a un pensamiento económico más autónomo?

### **Preguntas finales**

La transición de fines del siglo XX y comienzos del XXI se experimentó en Argentina con una sucesión de profundas crisis que supusieron a su vez la desacreditación progresiva de epistemes, sin una revisión crítica de lo que se dejaba atrás en el plano de las ideas, con la aparente excepción de la crisis del 2001. Como las catedrales que se construían sobre los templos precolombinos, en el imperio Azteca o Inca, así se superponen esas epistemes y las ideas económicas asociadas, crisis tras crisis, sin una revisión crítica de lo sostenido y argumentado. No hay un crecimiento por acumulación de experiencias. Parece no existir, en Argentina, la magia del interés compuesto en el plano de las ideas económicas, más bien pareciera reinar un espasmódico “use hasta que se rompa”. Con todos los peligros que suponen las generalizaciones, es lo que de alguna manera ha sucedido en Latinoamérica con su pensamiento económico, específicamente con la teoría de la dependencia y el estructuralismo, a mediados de los ‘70: ¿Esas teorías eran sustancialmente inconsistentes y por eso se descartaron? ¿Han sido superadas y por tanto descartadas? Podemos decirlo con ejemplos históricos: ¿fue la inconsistencia del planteo económico lo que terminó con la experiencia del Peronismo en los años ‘50 o en los ‘70 del siglo pasado? ¿Acaso fue la debilidad conceptual de la perspectiva económica de la Unidad Popular chilena lo que cimentó su fracaso en 1973?

Llegados aquí, los problemas epistémicos planteados en forma de preguntas toman otro nivel de abstracción ¿Podría decirse que en la periferia del mundo, o al menos en Argentina, la construcción de ideas económicas –a diferencia de lo que sucede en las usinas de pensamiento- no sigue el proceso de maduración que implica la afirmación, el cuestionamiento y la superación? Si así fuera, estas experiencias desnudan una dinámica de producción de ideas que obstaculiza las posibilidades de responder a la histórica demanda de producir un conocimiento ubicado o contextualizado geográficamente e históricamente y, tal como lo argumenta De Sousa Santos (2009: 13), revertir el epistemicidio del sistema mundo, recuperar conocimientos marginados por

la geopolítica de la epistemología moderna y construir nuevos que permitan visualizar alternativas a la realidad actual.

El derrotero de la economía argentina en las últimas décadas está poniendo en evidencia la necesidad de un pensamiento económico legitimado por la cultura, el “pensar desde nosotros”, como solía decir Arturo Jauretche o, desde la filosofía, Rodolfo Kusch. Uno de los aspectos centrales de esa tarea es recuperar de la experiencia nacional aquellos anclajes teóricos que puedan contribuir con esa necesaria elaboración, base de futuras políticas económicas. El otro aspecto es el de otorgar potencial teórico al propio proceso actual y una perspectiva crítica del pensamiento céntrico. En ese sentido, y ya para finalizar, podríamos agregar mas preguntas en nuestra exploración: ¿De que manera las políticas pos crisis recuperan y actualizan el pensamiento económico argentino? ¿Cuánto nos puede decir de la actual coyuntura nacional y cuánto puede aportar en pensamiento económico las producciones teóricas de Alejandro Bunge; Raúl Prebisch; Marcelo Diamand; Julio Olivera o Aldo Ferrer?, por mencionar solo a algunos de los referentes del pensamiento económico argentino. El camino puede ser recorrido también en sentido inverso, a partir de definir cuáles son las cuestiones nodales, en términos de coyuntura y de estructura económica, sobre los cuales esos clásicos pueden colaborar con lúcidas herramientas conceptuales. La tarea implica un ángulo epistémico que haga de la periferia nuestro centro, lo que por cierto está en la línea de las grandes producciones del pensamiento latinoamericano, desde *Nuestra América* en adelante.





## **Bibliografía**

- ABELED, F. y AMBROSINI, A. (1985) "La historia secreta del Plan Austral. Buenos Aires". *Prensa Económica*, año XI, número 133.
- CALCAGNO A. y CALCAGNO, E. (2003). *Argentina: Derrumbe Neoliberal y proyecto nacional*. Buenos Aires. El Dipló – Capin.
- CALDERÓN, F. (1987) "Cómo pensar la modernidad sin dejar de ser indios". Buenos Aires. *David y Goliath* nº52.
- CASTRO-GÓMEZ S. y MENDIETA E. (1998). *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México. Miguel Ángel Porrúa.
- COBE, L. (2009) *La salida de la convertibilidad*. Buenos Aires. Capin.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2009). *Una epistemología del SUR: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México. CLACSO-S.XXI.
- DIAMAND, M. (1973) *Doctrinas Económicas, desarrollo e independencia. Economía para las estructuras productivas desequilibradas*. Buenos Aires. Paidós.
- DIPESH, C. (2008). *Al margen de Europa*. Madrid. Tusquets.
- DUSSEL, E. (2007). *Materiales para una política de la liberación*. México, Plaza y Valdéz.
- FEINMANN, J. P. (1986) *La creación de lo posible*. Buenos Aires. Legasa.
- FERRER, A. (1997) *El capitalismo argentino*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FERRER, A. (2010) *El futuro de nuestro pasado. La economía argentina en su segundo centenario*. Buenos Aires. FCE.
- FERRER, A. (2010) "Mirar desde nosotros". En Quintar J. (2010) *Veintiuno: ensayos sobre lo que nos dejó el siglo XX*. EDUCO, Neuquén,.
- FOUCAULT, M. (2001). *La arqueología del saber*. México. Siglo XXI.
- GABETTA, C. (2002) *La casa de todos*. Buenos Aires. Le Monde Diplomatique (Edición cono sur).
- GABETTA, C. (2001). *Navidades calientes en Argentina*. Buenos Aires. Le Monde Diplomatique (edición cono sur).
- GERMANI G. (1969). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires. Paidós
- GONZÁLEZ, H. (2011). "Un ciclo que sacudió la memoria irredenta del país". Buenos Aires. *Debate*, nº 449.
- GROSRICHARD, A. y WAJEMAN, G. (1977) "El juego de Michel Foucault". Paris. Revista "Ornicar?", núm. 10.
- Halperín Donghi, T. (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires. Ariel.
- HOROWICZ, A. (2012). *Las dictaduras argentinas: historia de una frustración nacional*. Buenos Aires. Edhasa.
- JAURETCHE, A. (1967) *Los Profetas del Odio y la yapa: La colonización pedagógica*. Buenos Aires. Peña Lillo Editor.
- KRUGMAN, P. (2001) *Castigo gratuito a la Argentina*. Buenos Aires. Diario Clarín.
- LANDER E. (comp.) (1993). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires. CLACSO.
- LÓPEZ, A. (2002). *La pobreza en Argentina*. Buenos Aires. Diario Clarín
- MIGNOLO, W. (2001). *Capitalismo y Geopolítica del Conocimiento: el eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*. Buenos Aires, Ediciones del Signo.
- MUCHNIK, D. (2010) *Historia de la economía argentina*. Buenos Aires. El Ateneo.
- O'DONNELL, G. (1994) "Delegative democracy". Washington, DC. *Journal of Democracy* Vol 5, nº 1.
- PREBISCH, R. (1970). *Hacia una dinámica del desarrollo Latinoamericano*. México. Fondo de Cultura Económica.
- QUIJANO, A. (2002). "Colonialidad del Poder, Globalización y Democracia". México. *Trayectorias*, nº 7 y 8.



- RAPOPORT, M. (2000) *Historia económica, política y social de argentina (1880-2000)*. Buenos Aires. Ediciones Macchi.
- ROMERO, L.A. (1999) *Historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- SPIVAK, G. (2010) *Crítica de la razón poscolonial*. Madrid. Ed. Akal.
- VILAS, C. (2011) *Después del neoliberalismo: estado y procesos políticos en América Latina*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Lanús.
- WALLERSTEIN, I. (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el S.XXI*. México. Siglo SXXI
- ZEMELMAN, H. (1992). *Los horizontes de la razón*. Barcelona. Anthropos.
- ZEMELMAN, H. (2001). *Pensar teórico y pensar epistémico. Los retos de las ciencias sociales latinoamericanas*. México. Universidad de la Ciudad de México.
- ZEMELMAN, H. (2009) *Uso crítico de la teoría: en torno a las funciones analíticas de la totalidad*. México. Colegio de México-Instituto Politécnico Nacional.